

LA "MORRIÑA" Y SAN



Imagen del Apóstol. Siglo XIII

EN las calendas espantosas y recias de la nona centuria, los hombres, poseyendo la salvación de la Cruz, transforman lo común al Universo en cosa santa. Así, por ellos y para su fortaleza, una nebulosa en los espacios, ya no es sustento vertido por dioses paganos, sino senda y viático espiritual de gentes con fe. Y, un monte cualquiera en la llanura, tampoco es ara familiar de genios dionisiacos, olorosa de vinos y palpitante de premuras lúbricas, sino sepulcro de santos ecuménicos. Esto es: los hombres testifican símbolos y son creídos, porque el Espíritu Santo todavía descende a sus intelectos creyentes, y esto es cierto. O porque ser visionario es don divino, milagroso, hasta el punto de mover al orbe a impulsos de una vaga noticia o de un ensueño insistente. Por eso, cuando el ermitaño Pelagio, o sea Payo o Pelayo, convierte el monte Libredón, templo vastísimo de Liber Pater, en tumba de Santiago Apóstol, un santo galo, San Denis, torna, con gracejo político, la «Vía láctea» en índice de los designios de Dios para con su siervo Carlomagno, emperador de los francos. Pero si los restos de Jacobus, «sepultus in arca marmorea», formando cuerpo en la iglesia de «pedra e barro» de Alfonso «el Casto», llegan a ser roca imperecedera y seguro sustentáculo de la cristiandad al clamor pontifical de León III, la insinuación de San Dionisio culmina en el descalabro de Carlomagno y Roldán en los peñascales vascos, para que la «Vía láctea» sea, desde ahora, camino de peregrinos, y se naturalice en la gándara auriensana el blasón de Bernaldo del Carpio, el vencedor de Roncesvalles.

Mas el ser Santiago Apóstol patrimonio y Patrón de España no depende del eremita Payo, sino de ese inmoderado y concupiscente sentimiento galaico, de esa «morriña» melancólica de los gallegos, enamorados fieles de su país, siempre tan femenino y dulce, tan «saudoso», porque «saudade» y «morriña», leed a Rosalía y a Eugenio, de Castro los dos, viene a significar lo mismo: recuerdo de alguna cosa con deseo de ella, como explicara antaño Duarte Nunes de Leão en sus escritos y, durante nuestra guerra y en zona roja, mi amigo Santos Liboriera, utilizando la más humana expresión de desmayarse en un echar de menos el lacón con grelos y cachelos y las empanadas de lamprea del río Herbón. Todo esto, añoranzas gulosas de tabernas pingües, o esas otras del «ataruxo» o

del «santo d'os croques», esto es: «morriña», o sea: «saudade», Teixeira de Pascoaes, en un imaginar poéticometafísico, lo hace proceder, nada menos, del cristianismo, marido con la idolatría pantheísta. ¿Es de creer Pascoaes? ¿Sí o no? ¿Hubieron, pues, de cristianizarse los antiguos lusitanos y gallicos para ser poseídos, unos por «saudade» y otros por «morriña»? ¿Es que la tierra no era nada para estos dionisiacos adoradores de Liber Pater, de Sabazius, de Lisios? No. La tierra, con sus amarguras y sus primicias, con sus amores y odios, lo era todo para ellos, y, siendo así, ¿no iban a recordarla con doloroso deseo, con esa mezcla de anhelos incontinentes y dolores santificantes? Que no otra cosa indican los vocablos «morriña» y



Pórtico de la Gloria



Columna de la genealogía de la Virgen



La rúa nueva